

El ciudadano trabajador en la transición del México colonial al independiente: la obra de José Joaquín Fernández de Lizardi

The Worker Citizen in the Mexican Transition Between Colonial and Independent Periods: José Joaquín Fernández de Lizardi's Work

Mariela Insúa

GRISO-Universidad de Navarra
minsua@unav.es

Este artículo analiza la representación de la figura del ciudadano trabajador en la obra literaria y periodística de José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1810) en relación con el contexto histórico y social del México de finales de la colonia y comienzos de la vida independiente.

Palabras clave: ciudadano trabajador, México (1810-1827), Fernández de Lizardi, prosa literaria y periodística.

This article analyzes the representation of the worker citizen in the journalistic and literary work of Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), in relation to the political and social context of Mexico in the transition between colonial and independent periods.

Keywords: Worker Citizen, Mexico (1810-1825), Fernández de Lizardi, Journalistic and Literary Prose.

En 1825, Joaquín Fernández de Lizardi publica a través de varias entregas de su famoso periódico las *Conversaciones del Payo y el Sacristán* (tomo II, núms. 16-20 y 2), su "Constitución política de una república imaginaria". En este texto vemos a un Lizardi legislador en potencia que otorga voz a sus dos célebres personajes para que ofrezcan un proyecto constitucional alternativo. La "Constitución" lizardiana se abre con la siguiente definición: "Son ciudadanos todos los hombres que sean útiles de cualquier modo a la república, sean de la nación que fuesen" (*Obras V*: 417). Con ello, ya desde el comienzo de su proyecto de gobierno ideal, el Sacristán –trasunto del Pensador Mexicano– enlaza la condición de ciudadanía con la de utilidad social, dejando en un segundo término el lugar de nacimiento. Será ciudadano, por tanto, el que aporte provecho a la nación a través de su trabajo, sin importar si ha nacido o no dentro de las fronteras mexicanas. Ya antes, este mismo personaje, inspirándose en la sentencia ciceroniana "*Non nobis, sed reipublicae nati summus*", había espigado los deberes que los ciudadanos tienen para con su patria:

[...] debemos servirla a proporción de nuestras facultades; unos en el campo, otros en las ciudades; éstos en la campaña con la espada, aquéllos en el bufete con la pluma, y cada uno en su respectivo oficio, ejercicio o ministerio, dejando para los egoístas y los flojos esos temores de las sátiras de los envidiosos y de las deturpaciones del malvado, como también el que nuestros trabajos sean inútiles. Cooperemos con los buenos a la reforma de los malos, declamemos contra los públicos abusos, propongamos los remedios, según nuestras cortas luces lo permitan, y si los magistrados, si las autoridades, o bien no escuchan nuestras producciones o se desentendieren de ellas y nada se remedia, la culpa será suya, y mientras más avisos, mayor será su responsabilidad ante Dios y los hombres; pero nosotros moriremos con el dulce placer de que en cuanto nos fue dable, procuramos ser útiles a nuestros semejantes. (212)

Como podemos apreciar, en el ideario ilustrado de Fernández de Lizardi trabajo y patriotismo van de la mano: "Amamos a la patria y trabajamos en su bien, porque pertenecemos a ella y porque del bien general nos resulta el particular nuestro" (110). De este modo, el trabajo se muestra como la única actividad que puede otorgar reconocimiento social al individuo. Cada uno ha de ser valorado por sus obras y, especialmente, por la virtud con la cual las ejecute. Por ello, el Pensador defiende que los empleos sean asignados según los valores personales del trabajador y no en función de los bienes materiales que posea el ciudadano (418). La fortuna heredada y el origen nobiliario han de ser despreciados, pues pueden ser potenciales acarreadores de engaño. De hecho, son los progenitores de sus personajes apicarados –Periquillo de *El Periquillo Sarniento* (1816), Pomposita de *La Quijotita y su prima* (1818-1819) y Catrín de *Don Catrín de la Fachenda* (publicada *post mortem* en 1832)– quienes fomentan en los pequeños ese falso orgullo de clase que los lleva a la ruina al convertirlos en inútiles para el trabajo productivo que, de haberlo aprendido, los habría salvado de la caída. En este sentido, como

plantea Noël Salomon (1988: 422-424), Lizardi aporta una nueva mirada a la falsa nobleza –uno de los tópicos centrales de la picaresca hispánica– al enfocar esta cuestión desde las teorías ilustradas del trabajo: el hombre vale, es “noble”, en la medida en que es útil a la sociedad; y es útil a la sociedad solamente si realiza su trabajo guiado por la virtud. Pues, a fin de cuentas, como explica el mexicano en un folleto de 1812, “no es señor el que nace, sino el que lo sabe ser” (Fernández de Lizardi, *Obras X*: 65).

En varios pasajes de su obra, Lizardi exalta el valor del trabajo manual. Incluso llega a hacer que su personaje femenino más encomiable, Pudenciana de *La Quijotita y su prima*, aprenda de su padre algunas nociones de relojería, por si algún día se queda viuda y necesita mantener a su familia. En sus trabajos periodísticos valora la realización de todos los oficios, incluyendo aquellos que “tradicionalmente”¹ habían sido considerados infamantes. Reivindica, por ejemplo, los de carnicero y zapatero:

El carnicero no hace sino destrozar la carne de los toros para vendérsola y es infame, o como tal se ve; y el asesino que destroza la carne humana, logra quizá nuestras adoraciones. Yo no sé cómo es esto. El zapatero se cuenta entre la gente ordinaria, ¿y por qué?, ¿porque trabaja cuero, o porque lo trabaja para los pies? Si por lo primero, debían ser viles los talabarteros porque trabajan con el mismo material; si por lo segundo, infames debían ser los plateros que hacen hebillas para nuestros pies, y más infames los herradores que calzan a las mulas y caballos, que a fe que no son de más noble condición que los hombres; sin embargo, los herradores son gente decente, y los herradores de los hombres (que hoy usan herraduras) son gente ordinaria. ¿En qué estará esto? Yo digo que si es verdad que al hombre sólo lo degrada y envilece la corrupción de sus costumbres, y que la verdadera nobleza consiste en la virtud, el mismo verdugo puede ser noble; y no hay razón para tratarlo con desprecio por sólo su fúnebre ejercicio. (*Obras III*: 527)

Esta misma idea será reiterada en “La igualdad en los oficios”, folleto que adopta la forma de un coloquio entre un zapatero y su compadre. En este diálogo, el zapatero se queja ante su amigo de la mala suerte que ha tenido: su hijo no ha podido casarse con la hija de un platero porque este ha considerado que el pretendiente no era digno de formar parte de la familia, dado el ruin oficio de su padre. El soberbio platero argumenta que es superior al

¹ Esta inquina contra los oficios considerados “bajos” tiene su origen en diversos aspectos económicos y sociales, vinculados fundamentalmente al temor que en el Siglo de Oro se tenía a la emergencia de la naciente burguesía. A esto hay que añadir la proverbial crítica a ciertas actividades presente en una larga tradición folclórica y también, por supuesto, hay que tener en cuenta la mala fama real de ciertos oficios que solían desempeñarse con pocos escrúpulos (como el de los venteros, taberneros y pasteleros). Recordemos como ejemplo de este tema las composiciones satíricas quevedianas dedicadas a pasteleros, sastres, mercaderes, etc. Ver Arellano, 2003: 96-98.

candidato a consuegro porque él trabaja con las manos, pero para confeccionar artículos de lujo, mientras que el otro es un soez que solo sabe "estirar vaqueta con los dientes" (*Obras X*: 61-64). La conversación continuará en un folleto posterior –"No es señor el que nace, sino el que lo sabe ser"– en el que el compadre consuela al zapatero valiéndose del argumento de que cualquier hombre puede ser noble o ruin, ya que esto dependerá únicamente de la rectitud con la que se desempeñe en la vida:

Conque es decir que, así como las riquezas, los títulos y los honores no son capaces de constituir una alma grande, de la misma manera la pobreza y oscuridad de los oficios más mecánicos no podrán estorbar que haya entre sus profesores muchos hombres excelentes y que, si pudieran, manifestarían la grandeza de sus almas, la sublimidad de sus talentos, la beneficencia de sus corazones y, en el fondo, de su virtud. (*Obras X*: 68)²

Estas reflexiones lizardianas deben ser puestas en relación con una serie de textos, surgidos en Europa hacia la segunda mitad del siglo XVIII, que tenían como objetivo la defensa de los oficios mecánicos, ya que estos eran considerados imprescindibles en el programa de productividad económica que se estaba fomentando. Para España debe mencionarse, en este contexto, la Real Cédula del 18 de marzo de 1783, por la cual se reconocía que los oficios como los de herrero, zapatero o sastre eran "honestos y honrados", y que por lo tanto no envilecían ni a la persona que los ejecutaba ni a su familia. Esta cédula será promulgada en México dos años más tarde³. Podemos recordar también las afirmaciones expresadas por Campomanes en su *Discurso sobre la educación popular de los artesanos* (1775) o las de Normante en sus *Proposiciones de economía civil y comercio* (1785) (Hernández García, 2003, II: 237-41). Ambos enfatizan la necesidad de valorar el grado de laboriosidad con el que los hombres desempeñen su trabajo, ya que todos los oficios dignifican si son realizados con celo y contribuyen a la prosperidad de la nación.

Estos postulados serán defendidos también desde la literatura, sobre todo en las novelas moralizantes, como por ejemplo *La Leandra* (1797-1807) de Antonio Valladares de Sotomayor, en donde se insiste en que la virtud no se halla en la nobleza –pues los nobles suelen ser orgullosos y holgazanes que viven merced a una "corroída ejecutoria"–, sino en el propio mérito⁴. La crítica a la vagancia se encuentra asimismo presente en la novela educativa, desde el *Telémaco* en adelante. De hecho, se ha señalado que el tratamiento del tema del trabajo en Lizardi se puede conectar con los planteamientos

² También defenderá Lizardi la dignidad de otros oficios vituperados en la época como los de cómico y maromero. Ver "Continúa Juanillo la conversación sobre el teatro", Suplementos al *Pensador Mexicano*, *Obras III*: 525 y ss.

³ Los folletos del *Pensador* mencionados, todos ellos escritos en la primera década del siglo XIX, dejan claro, una vez más, que la costumbre recalcitrante pudo más que las ideas de avanzada. Ver Fuentes, 1988: 16 y Hernández García, 2003, II: 237-238.

⁴ Ver el comentario a este tema en la novela del XVIII y especialmente en *La Leandra* en Álvarez Barrientos, 1991: 279-280.

que Fénelon propone a este respecto cuando sugiere –de acuerdo con la perspectiva religiosa desde la que escribe– que la holgazanería representa un peligro para la moral (Strosetzki, 1989: 122-23). Lizardi también considera la cuestión en este sentido moral, pero además afirma –desde la mirada ilustrada– que la dejadez constituye una lacra para la sociedad. Es más, la ociosidad es calificada como uno de los vicios más criticables en un ciudadano, en el polo opuesto de la utilidad social. Así lo expresaba en su folleto “Pescozón de El Pensador al Ciudadano Censor” de 1820:

El honrado artesano en su taller, el triste soldado en la campaña y el robusto gañán sobre los campos son, a pesar de su ignorancia, muy más útiles a la nación que el canónigo flojo, el proyectista fantasmón y el rico holgazán, que no hacen sino sobrecargar a la sociedad y dilapidar las riquezas que heredaron u obtuvieron sabe Dios cómo. (*Obras X*: 299)

De la misma manera lo entendía el bien intencionado pero endeble padre de Periquillo cuando le explicaba a su hijo que “el ser ocioso e inútil es el peor destino que puede tener el hombre” (*El Periquillo Sarniento*: 216)⁵. También en la “Constitución política de una república imaginaria” el Pensador demostraba su preocupación por el hecho de que este mal afectara a la primera célula social, la familia, al incluir un artículo en que se ordena que los párrocos no casen a los hombres que no tengan oficio o arbitrio honesto para sostener a los suyos, reputándose la inutilidad y holgazanería como impedimento (*Obras V*: 432).

Fernández de Lizardi considera, en efecto, que la ociosidad es uno de los mayores males que pueden afectar al Estado. De hecho, su personaje más escandaloso, don Catrín de la Fachenda, en quien se encarnan todos los vicios criticables por el sistema ilustrado –tanto desde el punto de vista moral, como social y económico–, es un holgazán a toda prueba. Concordamos con Jean Franco en que la reforma de la sociedad ofrecida en la obra lizardiana se sostiene en la máxima de la disciplina (1983: 20). Había que ordenar la nación, y en este proceso el trabajo constituía la base de la comunidad ideal que el Pensador estaba proyectando. En suma, el trabajo había de igualar y dignificar a todos los ciudadanos y también traducirse en frutos de productividad que generaran a su vez bienestar general. Ante estos fines, el ocio mal entendido y también la mendicidad surgían como los más peligrosos obstáculos.

En distintos pasajes de sus novelas y artículos se aprecia la preocupación por guiar a los trabajadores hacia la rectitud moral. Varios de sus personajes antiejemplares encarnan los vicios que el autor mexicano considera más reprobables en los trabajadores: a la ya mencionada holgazanería, hay que agregar la embriaguez y la tendencia a disipar sus escasos capitales en el juego⁶. Estos vicios eran habituales entre los artesanos de finales de la etapa

⁵ Cito en adelante por la edición de Carmen Ruiz Barrionuevo.

⁶ El tema del juego en el *Periquillo* ha sido abordado por Alba-Koch, 1999: 150-54.

colonial; sobre todo era proverbial su inclinación a beber en exceso durante los días de descanso. A tanto llegaba esta práctica, que el primer día de la semana pocos estaban en condiciones de ir a trabajar sobrios; es más, la mayoría extendía el feriado dominical e iba a “curarse” a la taberna con una nueva dosis de pulque. Por ello se hablaba del festejo del “San Lunes”. Esta cuestión llegó a inquietar a las autoridades y lo mismo a los regidores de gremios quienes, en ocasiones, adelantaban parte del salario para que los trabajadores vistieran con decencia –un aspecto que también preocupaba mucho en la época–, aunque estos solían gastar el dinero en emborracharse (Tanck de Estrada, 1984: 111 y Novelo, 1997: 114). El mismo Lizardi, en su primera novela, recoge una referencia a tan asentada costumbre. Así, el patán Januario le explica a Periquillo en qué consiste este particular “feriado”, cuando el protagonista de la novela todavía es un incauto aprendiz de picardías:

- Has de saber que es un abuso muy viejo y casi irremediable entre los más de los oficiales mecánicos no trabajar los lunes, por razón de lo estragados que quedan con la embriagada que se dan el domingo, y por eso le llaman San Lunes, no porque los lunes sean días de guarda por ser lunes, como tú lo sabes; sino porque los oficiales abandonados se abstienen de trabajar en ellos por curarse la borrachera. (355)

Como siempre, Lizardi denuncia a la vez que propone medidas tajantes para cortar los males de raíz. Había que aleccionar como fuese a los ebrios, tahúres, andrajosos y vagos: a estos auténticos obstáculos para el progreso de la nación. Por eso en su “Constitución política de una república imaginaria” aconseja que se actúe con rigor contra todos los viciosos y que se organice un estricto sistema de vigilancia que castigue estas faltas (*Obras V*: 429-31).

Por otro lado, el Pensador defiende que los trabajadores puedan gozar sanamente de su descanso dominical. Es más, insiste en la importancia de la *eutrapelia* (el entretenimiento honesto) que hace posible el pleno desarrollo humano. En esta cuestión Lizardi se suma a una larga tradición –comenzada por Aristóteles en su *Ética* a Nicómaco y reforzada luego por Santo Tomás de Aquino– que postula la necesidad del juego y la diversión dentro de la moderación (“en el justo medio”), como vía para alcanzar la virtud⁷. El mexicano detalla los beneficios de la “eutropelía”⁸ en una breve nota publicada en *El Conductor Eléctrico*, cuando se pregunta qué tipo de actividades son las que convienen para aliviar la fatiga que se ha sufrido durante la semana:

¿Pero qué descanso ha de ser éste? Un descanso justo y santificado. Esto es: un descanso inocente incontaminado con el delito y que merezca el nombre de *eutropelía*, virtud

⁷ Para una síntesis de la significación de la *eutrapelia* desde Aristóteles al Siglo de Oro, ver Wardropper, 1980: 153 y ss.

⁸ Las formas *eutrapelia* y *eutropelia* e incluso *eutropelía* eran utilizadas indistintamente desde el Siglo de Oro. Así lo documentó, entre otros, Covarrubias en su *Tesoro* (voz *eutropelia*. Seu *eutrapelia*, 864). Ver también Wardropper, 1980: 159-60.

que se cifra en la prudencia y en la observancia de la ley divina. (*Obras IV*: 410)

Como ya apuntaba, el otro gran escollo que Lizardi quiere combatir es el de la mendicidad y la delincuencia. Llega incluso a afirmar, en su periódico *Cajoncitos de la Alacena*, que tal vez "no haya lugar en el mundo en que se vean más ociosos, viciosos públicos y mendigos que en la capital de México" (*Obras IV*: 187). Le resulta inconcebible que el Gobierno tolere que las ciudades se vean invadidas por hordas de delincuentes variopintos –entre ellos, los temidos *cuchareros* (cortabolsas)–. Estima que la falla radica en el sistema judicial y que, tal como hace decir al Sacristán, no son los delincuentes los verdaderos ladrones, "sino las autoridades y jueces que los disimulan o dan lugar con sus morosidades a que se fuguen de la cárcel antes que sufran la sentencia" (*Obras V*: 204).

Censurable le parece también que los mendigos –la mayoría de ellos falsos menesterosos– deambulen por las ciudades aprovechándose de la candidez ajena⁹. Recordemos las referencias satíricas sobre este tema insertas en *Don Catrín* cuando el protagonista, tras quedarse cojo, alcanza la cumbre de la buena fortuna como "maestro de pedigüeños y holgazanes":

Gran vida me pasaba con mi oficio. Os aseguro, amigos, que no envidiaba el mejor destino, pues consideraba que en el más ventajoso se trabaja algo para tener dinero, y en éste se consigue la plata sin trabajar, que fue siempre el fin a que yo aspiré desde muchacho. (135)

Desde la perspectiva ilustrada, resulta una necesidad imperiosa incorporar a estos mendigos al mercado del trabajo. Por ello, ya en 1816 aconsejaba Lizardi, en su "Pragmática, bando o quién sabe qué, mandado publicar por la Razón, el Tiempo y la Experiencia", que a los mendigos, tullidos, cojos y mudos se les ponga a atender los estancos de tabaco, o que se les enseñe a hilar, tejer u otra actividad semejante, "haciéndoles ver a estos pobrecillos que serán menos infelices ganando por las suyas el alimento, que no viviendo atenedos al socorro ajeno, que acaso defraudan al legítimamente necesitado" (*Obras IV*: 164-65). Tal como deja entrever esta última afirmación, al Pensador le preocupa que los mendigos fingidos impidan a los benefactores percatarse de los pobres verdaderamente necesitados. Lizardi –un hombre que supo de penurias económicas– ciertamente desea que estos desgraciados reciban los favores de sus prójimos. Así queda establecido en la parte final de su novela *Noches tristes y día alegre* (1818-1819), que puede considerarse un breve tratado de caridad cristiana. Nos encontramos aquí con que la modélica Dorotea, que acaba de recibir la herencia de su tío cura, decide compartirla con unas mujeres pobres, pero virtuosas (228-239).

⁹ El problema de la mendicidad es abordado por Lizardi en "Sobre la deplorable mendicidad de México" y en "Propónense los medios para extirpar la mendicidad del reino", en *El Pensador Mexicano*, tomo II, núms. 8-9, *Obras III*: 199-203 y 205-11, respectivamente.

Otro importante asunto relacionado con el tema del trabajo en la obra de Fernández de Lizardi es, sin duda, el del fomento de la industria y de la agricultura: los ámbitos en los que, de preferencia, el trabajador de la nueva república había de laborar en beneficio de su patria. La creación de una industria propia, capaz de competir con la importación extranjera, pasa a ser un *desideratum* para los ideólogos hispanoamericanos. Había que generar riquezas que no se basaran en la extracción de minerales, ya que ésta redundaba en un lucro fácil pero poco duradero y generaba una distribución injusta de las ganancias.

Esta cuestión queda ejemplificada en *El Periquillo Sarniento* a través de la historia intercalada de Anselmo, el comerciante codicioso que se embarca junto con el protagonista y el coronel rumbo a Manila. El rico Anselmo lleva con él varios baúles de plata a los que ama más que a su vida. Una mañana el piloto de la nave se queda dormido y encallan en un banco de arena. La única solución es aligerar el navío lanzando al océano el equipaje de todos los pasajeros. El egoísta, al ver perdida toda su fortuna, se lanza al mar y muere ahogado. Este hecho da pie para insertar una larga digresión en boca del coronel en contra del enriquecimiento que se basa en la extracción de los minerales de la tierra americana. El sabio mentor de Periquillo advierte sobre los peligros de la codicia que pueden despertar los metales preciosos y tiene por imprudencia el buscar "las riquezas entre las entrañas de la tierra, desdeñándonos de recogerlas de su superficie con que tan liberal nos brinda" (713). De este modo se suma, como él mismo asevera, a la afirmación de un "sabio inglés" de que la felicidad y la abundancia devienen del trabajo de la tierra. Como bien se percatara Spell (1971: 166), la alusión a este "sabio inglés" seguramente esté haciendo referencia a Adam Smith, quien en su obra *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of a Country* (1776) exponía la teoría de que la "riqueza de las naciones" ha de basarse en las producciones de la tierra y en la industria. Es probable que el mexicano hubiese leído la traducción al español de José Alonso Ortiz de 1794, que circulaba en México a principios del siglo XIX (*El Periquillo Sarniento*, ed. Reyes Palacios: 197, n. 13).

Lizardi, a través del discurso del coronel, expone su pensamiento económico de base fisiocrática¹⁰. Insiste en que la posesión de metales preciosos puede constituir una auténtica plaga para un reino, ya que su existencia suele despertar la codicia de los extranjeros y a la vez inhibir el desarrollo del laborio de los naturales. Además, cuando en una región se encuentran riquezas de este tipo, se despiertan en los pobladores las ansias de ostentación y el amor desenfrenado al lujo, que provocan graves daños morales: aumentan los vicios, el dispendio, las reyertas por dinero, etc. Sin embargo, el resultado más nefasto de la actividad minera consiste para Lizardi en que los que antes labraban la tierra abandonan su oficio para acarrear metales o picar piedra, puesto que por ello reciben mayor paga, sin percatarse de que este beneficio es a corto plazo. A fin de cuentas, los únicos favorecidos son los dueños de las minas, ya que "el resto del pueblo apenas subsiste de

¹⁰ Tal como señala Hernández García (2003: 588), es factible establecer un paralelo entre las ideas lizardianas y las teorías de los fisiócratas Turgot y Quesnay.

sus migajas" (*El Periquillo Sarniento*: 714)¹¹. Por todo lo dicho, concluye el coronel, el futuro del continente americano ha de asentarse en las actividades agropecuarias y en la industria autóctona; con ello se conseguiría una prosperidad duradera, un aumento de la población y una bonanza equitativa:

Yo aseguro que las Américas serían felices el día en que en sus minerales no se hallara ni una sola veta de plata y oro. Entonces sus habitantes recurrirían a la agricultura, y no se verían como hoy tantos centenares de leguas de tierras baldías, que son, por otra parte, feracísimas; la dichosa pobreza alejaría de sus costas las embarcaciones extranjeras que van en pos del oro a venderles lo mismo que tienen en su casa, y sus naturales, precisados por la necesidad, fomentarían la industria en cuantos ramos la divide el lujo o la comodidad de la vida. Esto sería bastante para que se aumentaran los labradores y artesanos, de cuyo aumento resultarían infinitos matrimonios que no contraen los que ahora son inútiles y vagos; la multitud de enlaces produciría naturalmente una numerosa población que, extendiéndose por lo vasto de este fértil continente, daría hombres apreciables en todas las clases del Estado. (715-16).

Otro asunto que aborda el Pensador es el de la competencia desigual de la industria nacional frente a los productos de importación. En sus *Conversaciones del Payo y el Sacristán* refleja el estado de estancamiento en el que se halla la producción mexicana en los primeros años de vida independiente debido, en parte, a la entrada de manufacturas de procedencia inglesa a precios convenientes (*Obras V*: 433). Lizardi considera injusto poner trabas legales a los productos foráneos cuando estos llegan a mejores precios y son de buena calidad. Propone, en cambio, como solución que los americanos adquieran la habilidad necesaria para crear artículos óptimos. Para ello aconseja la contratación de maestros de oficios extranjeros que enseñen la técnica. Se recomienda que estos sean gratificados económicamente por cada oficial que enseñen, como asimismo que se otorgue carta de ciudadanía a todos aquellos forasteros que instalen un taller público (*Obras V*: 441-43).

En la alabanza al trabajo de la tierra, Fernández de Lizardi se muestra en plena sintonía con las propuestas ilustradas europeas. De hecho, el fomento de la agricultura y de la industria constituye uno de los pilares del reformismo borbónico (Fuentes, 1988: 16), por las mismas razones que aduce el coronel del Periquillo: se generaba riqueza duradera, se propiciaba el crecimiento

¹¹ Estas mismas ideas las expresaría de nuevo en 1825 en la "Decimaoctava conversación del Payo y el Sacristán" (*Obras V*: 37), en boca del Payo: "...es un engaño el creer que el oro y la plata constituyen la riqueza de las naciones. Estos metales puntualmente, cuando son demasiado abundantes, son la causa de la ruina de muchas familias [...]. Si esta misma nación no hubiera tenido tanto oro y tanta plata, no se hubiera excitado la codicia de los españoles, ni éstos hubieran venido a inmolar, en las aras de Pluto, veinte millones de inocentes, ni la Santa Liga tuviera tantas ganas en el día de reducirnos a la antigua esclavitud de los Borbones".

poblacional y, finalmente, se conseguía bienestar general, con lo cual se fortalecía el poder del Gobierno. Recordemos que Jovellanos, como tantos otros políticos ilustrados, en su *Discurso dirigido a la Real Sociedad de Amigos del País de Asturias* el año de 1781, explicaba a sus oyentes que el sentido de la felicidad social se asienta sobre todo en la prosperidad económica, para lo cual es imprescindible desarrollar la industria y el comercio, así como también aumentar la producción agrícola y perfeccionar las técnicas de cultivo (*Discurso*: 443)¹². En Nueva España, los años que van de 1750 a 1810 constituyen en materia agrícola –como en otros ámbitos– un momento de contradicciones y contrastes. Tal como estudia Van Young, se aprecia en el final de la etapa colonial un aumento en la producción, pero prácticamente no hay mejora en la tecnología agrícola y, por otro lado, la distribución de los beneficios no es equitativa (1986: 64 y ss.).

El Pensador Mexicano era consciente de las falencias del sistema, y por ello en su “Constitución política de una república imaginaria” señala la necesidad de mejorar los modos de reparto de utilidades y de distribución de tierras. De esta manera, el Sacristán expone, bajo el título “De las fuentes de la riqueza nacional y del modo de hacerlas comunicables entre todos los ciudadanos” (*Obras V*: 433-35), las bases de una nueva forma de organización agrícola cuya principal innovación radica en que los labradores asumirían la categoría de propietarios de las tierras que cultivan, y no la de arrendatarios, como había sido el procedimiento habitual hasta el momento.

Con ello Lizardi, a través de las voces de sus personajes, denuncia la situación en el campo mexicano en los primeros años de vida independiente, cuando había muchas tierras en propiedad en manos de unos pocos hacendados, la mayoría de ellas no cultivadas. Por ello se instituye en esta Constitución ideal que no se aceptarán haciendas de más de cuatro leguas cuadradas. Todo ciudadano trabajador que voluntariamente se ofrezca a laborar en el campo tiene derecho a obtener una parcela de tierra, y además el Gobierno deberá auxiliarlo con los instrumentos necesarios para la labor, un monto de dinero para el viaje, una carga de maíz y algunos animales para su sustento. Se privilegiará a los casados dándoles el doble de ayuda que a los solteros. También a los castigados por la justicia se les franqueará alguna porción de tierras para que trabajando enmienden las faltas cometidas. Una vez cumplida la condena, el presidiario recibiría ese terreno en propiedad y recuperaría sus derechos como ciudadano.

Con estas propuestas “ideales”, Lizardi estaba apostando, a la altura de 1825, por una reestructuración del sistema agrario imperante que favoreciese al trabajador y a la vez impulsase el aumento y la calidad de la producción rural, porque, tal como comentan el Payo y el Sacristán en la conversación que sigue a los artículos expuestos, el arrendador nunca trabaja con el mismo interés que el dueño. Con este plan se lograría una prosperidad en cadena y, por consiguiente, la felicidad de aquellos hombres que labrarían su tierra sabiendo que van a recibir un premio por sus esfuerzos; y, sobre todo, se conseguiría que “no quedara en este vasto continente un palmo de tierra

¹² Ver también Ruiz Berrio, 1988: 170.

sin cultivarse" (*Obras V*: 437). Con estas palabras expone el Payo, emocionado y en un tono verdaderamente poético (que sorprende al Sacristán), la feracidad de una tierra americana rebosante de cosechas:

Yo me represento, pues, cultivada toda ella y correspondiendo fielmente a los afanes y sudores del labrador, y entonces... ¡Ah, qué cuadro tan delicioso se me representa! Yo veo unos campos inmensos llenos de las doradas mieses de Ceres; otros advierto pintados con la verde esmeralda de los maíces; unos nevados con millones de copos de algodón, otros enrojecidos con la uva bermeja y deleitable. En unas partes, innumerables huertas proporcionan al paladar innumerables gustos, en la diferencia de frutas que sazonan sus abundantes árboles; la vista y el olfato, en otras partes, se entretienen con los aromas y encantos de mil vistosas y fragantes flores, la humanidad doliente encuentra la botica más selecta en las yerbas y cortezas medicinales; el apetito... Vamos, yo no puedo dibujar a usted el cuadro adulador que me representa la idea de la América enteramente cultivada. Todo me parece que sería abundancia, todo felicidad, todo riqueza. (438)

Estas palabras del Payo recuerdan aquellas otras de la silva "La agricultura de la zona tórrida" que Andrés Bello publicaría, al año siguiente de las *Conversaciones del Payo y el Sacristán*, en el *Repertorio Americano* (Londres, octubre de 1826). Cabe señalar que la intención del venezolano no dista mucho de la del Pensador Mexicano, ya que esta célebre composición –que, como profusamente ha estudiado la crítica, aúna la influencia de Horacio y Virgilio con la poesía agrarista y neoclásica– es también "un poético manual de agricultura"¹³. En efecto, en la silva de Bello, por detrás de una estructura sabiamente conseguida en la que se hermanan diferentes ecos literarios, se plasma un modelo de labrador sencillo y un ideal de vida de "frugal llaneza" (57) que convenía económica y socialmente a las naciones americanas. En este sentido, como ha señalado Sainz de Medrano, tanto las propuestas lizardianas como el poema de Bello deben ser puestos en relación con una serie de textos técnicos sobre agricultura que fueron favorablemente acogidos en América como *El libre ejercicio de las artes* (1785) o el *Informe sobre la ley agraria* (1794) de Jovellanos, junto con otros escritos de este cariz compuestos por patriotas americanos como *El estado de la agricultura, industria y comercio del Reino de Chile* (1796) de Manuel de Salas, *Medios generales de fomentar la agricultura, animar la industria y proteger el comercio de un país agricultor* (1796) de Manuel Belgrano o *Representación de los hacendados del Río de la Plata* (1810) de Mariano Moreno; y, por supuesto, pueden relacionarse también con otros textos poéticos que valoraban la actividad agrícola en el Nuevo Mundo como la "Oda al Paraná" (1801) de Lavardén o la "Profecía de la grandeza de Buenos Aires" (1822) de Varela, entre otros (Sainz de Medrano, 1983: 486-88).

¹³ Así lo expresa Madrigal en la introducción a su edición de las *Silvas americanas* que se recoge en la bibliografía (Bello: 14).

Si nos centramos particularmente en el caso mexicano, habría que señalar asimismo las abundantes referencias en los periódicos a libros de tema agropecuario de diversas procedencias –lo que permite suponer que eran bastante consultados–. Se mencionan, por ejemplo, en el *Diario de México* textos como el *Curso completo o diccionario universal de agricultura teórica, práctica, económica y de medicina rural y veterinaria* de Rozier; el *Libro de agricultura* de Abu Zacaria Yahya (traducido del árabe); el *Cours complet d'agriculture* de Chaptal, o las *Lecciones prácticas de agricultura y economía* de Seixo (Wold, 1970: 187).

En síntesis, Fernández de Lizardi, atento observador del estado laboral en México a finales de la etapa colonial y al despuntar el periodo independiente, propone en su obra literaria y periodística un modelo de trabajador como elemento indispensable en la construcción de las bases económicas y sociales de la nación. Valora en los trabajadores (hombres y mujeres) su utilidad tanto como su comportamiento ejemplar y esforzado. Asimismo, fomenta con especial énfasis la labranza del campo como actividad generadora de recursos susceptibles de ser repartidos equitativamente. Además, insiste en la necesidad de desarrollar los oficios mecánicos y de valorar aquellos que, por error de la costumbre, han sido tradicionalmente denigrados. Por último, conviene hacer notar que, tal como se señala en el folleto “Ideas políticas y liberales” (*Obras XI*: 245), el Pensador Mexicano también se consideró a sí mismo un trabajador más, un obrero de la pluma que había decidido ser útil a su patria con su labor.

Obras citadas

- Alba-Koch, Beatriz de. *Ilustrando la Nueva España: Texto e imagen en “El Periquillo Sarniento” de Fernández de Lizardi*. Cáceres: Universidad de Extremadura, 1999.
- Álvarez Barrientos, Joaquín. *La novela del siglo XVIII*. Madrid: Júcar, 1991.
- Arellano, Ignacio. *Poesía satírico-burlesca de Quevedo*. Pamplona-Madrid-Frankfurt: Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert, 2003.
- Bello, Andrés. “La agricultura de la zona tórrida”, en *Silvas americanas y otros poemas*. Ed. Luis Íñigo Madrigal. Madrid: Biblioteca Nueva, 2001.
- Covarrubias, Sebastián de. *Tesoro de la lengua castellana o española*. Ed. Ignacio Arellano y Rafael Zafra. Pamplona-Madrid-Frankfurt: Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert, 2006.
- Fernández de Lizardi, José Joaquín. *El Periquillo Sarniento*. Ed. Carmen Ruiz Barrionuevo. Madrid: Cátedra, 1997.
- . *Don Catrín de la Fachenda. Noches tristes y día alegre*. Ed. Rocío Oviedo y Almudena Mejías. Madrid: Cátedra, 2001.
- . *Obras III. Periódicos. El Pensador Mexicano*. Ed. María Rosa Palazón y Jacobo Chencinsky. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1968.
- . *Obras IV. Periódicos. Alacena de Frioleras, Cajoncitos de la Alacena, Las Sombras de Heráclito y Demócrito, El Conductor Eléctrico*. Ed. María Rosa Palazón. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1970.
- . *Obras V. Periódicos. El Amigo de la Paz y de la Patria, El Payaso de los Periódicos, El Hermano del Perico que cantaba la Victoria, Conversaciones del Payo y el Sacristán*. Ed. María Rosa Palazón. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1973.

- _____. *Obras VIII. Novelas. El Periquillo Sarniento (tomos I y II)*. Ed. Felipe Reyes Palacios. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1982.
- _____. *Obras X. Folletos (1811-1820)*. Ed. María Rosa Palazón e Irma Fernández. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1981.
- _____. *Obras XI. Folletos (1821-1822)*. Ed. Irma Fernández. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1991.
- Franco, Jean. "La heterogeneidad peligrosa: escritura y control social en visperas de la independencia mexicana". *Hispanamérica*, 34-35 (1983): 3-34.
- Fuentes, Juan Francisco. "Luces y sombras de la Ilustración española". *Revista de Educación*, Número extraordinario, *La educación en la Ilustración española* (1988): 11-27.
- Hernández García, Jesús. *Fernández de Lizardi. Un educador para un pueblo*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Universidad Pedagógica Nacional, 2003, 2 vols.
- Jovellanos, Melchor Gaspar de. "Discurso dirigido a la Real Sociedad de Amigos del País de Asturias, sobre los medios de promover la felicidad de aquel Principado (Madrid, 22 abril, 1781)". *Obras de don Gaspar Melchor de Jovellanos*. Madrid: Rivadeneyra, 1859.
- Novelo, Victoria (comp.). *Artesanos, artesanías y arte popular de México. Una historia ilustrada*. Madrid: Aguilar, 1997.
- Ruiz Berrio, Julio. "La educación del pueblo español en el proyecto de los ilustrados". *Revista de Educación*, Número extraordinario, *La educación en la Ilustración española* (1988): 163-91.
- Sainz de Medrano, Luis. "Algunos soportes sociológicos de la silva 'La agricultura de la zona tórrida' de Andrés Bello", *Serta Philologica: F. Lázaro Carreter, II*. Madrid: Cátedra, 1983: 485-91.
- Salomon, Noël. "La crítica del sistema colonial de la Nueva España en *El Periquillo Sarniento*". *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*. Ed. Cedomil Goic. Barcelona: Crítica, 1988: 421-27.
- Spell, Jefferson Rea. "José Joaquín Fernández de Lizardi". *Bridging The Gap. Articles on Mexican Literature*. México: Libros de México, 1971: 97-292.
- Strosetzki, Christoph. "Fénelon et Fernández de Lizardi: De l'absolutisme au libéralisme", *Oeuvres et Critiques*, 14.2 (1989): 117-130.
- Tanck de Estrada, Dorothy. *La educación ilustrada (1786-1836). La educación primaria en la ciudad de México*. México: El Colegio de México, 1984.
- Van Young, Eric. "The Age of Paradox: Mexican Agriculture at the End of the Colonial Period, 1750-1810", *The Economies of Mexico and Peru during the Late Colonial Period, 1760-1810*. Eds. Nils Jacobsen y Hans Jürgen Puhle. Berlin: Colloquium Verlag, 1986: 64-90.
- Wardropper, Bruce. "La eutrapelia en las *Novelas ejemplares* de Cervantes", *Actas del VII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Ed. Giuseppe Bellini. Roma: Bulzoni, 1980: 153-169.
- Wold, Ruth. *El Diario de México. Primer cotidiano de Nueva España*. Madrid: Gredos, 1970.